

Nombres de Cristo, espléndida paráfrasis en forma de diálogo de los títulos dados al Salvador por el profeta Isaías. Fueron impresos en Salamanca y en Barcelona en 1585. En 1586 publicó *La Perfecta casada*, comentario del espléndido y vivo retrato de la mujer fuerte del libro de los *Proverbios: mulierem fortem quis inveniet?* Tradujo en verso castellano gran número de Salmos y trece capítulos de Job, que forman la tercera parte de su obra poética tal como él mismo la clasificó.

(Concluirá)

Abate A. LUGAN

LA LEYENDA DE LOS SIETE DURMIENTES

(Traducción de Carlos Suárez Murillo)

Por allá en los tiempos del emperador Decio se desencadenó terrible persecución contra las sociedades cristianas. Los partidarios del antiguo orden de cosas, que tenían mayoría en los consejos, lograron que se considerase a los fieles de Cristo como a muchedumbre turbulenta de perniciosos novadores, enemigos del Estado, impugnadores de sus dioses y de sus leyes, que desafiaban la majestad del César, negaban su legítima autoridad e insultaban su persona sagrada rehusando impiamente reconocer su divinidad, venerada por los buenos ciudadanos.

Extendióse la persecución por todas las provincias del Imperio, sin exceptuar tampoco las de Asia, a las que resolvió encaminarse personalmente el emperador, con el fin de dar con su presencia mayor autoridad a los magistrados. A todos los cristianos se les intimó que debían sacrificar públicamente a los falsos dioses.

Los cristianos de la ciudad de Efeso sufrieron la persecución con mayor encarnizamiento, porque desde el apostolado de Pablo, se distinguían entre todos por su edificante piedad.

Levantáronse a la llegada del emperador altares al paganismo en diversos lugares. La multitud servil exteriorizaba así su celo, con la esperanza de hacerse acreedora a las larguezas imperiales. Todos aquellos sobre quienes recaía sospecha de pertenecer a la religión de Cristo, fueron conducidos delante de los ídolos, y allí se les ordenaba ofrecer los sacrificios prescritos. Si se negaban a ello, iban a parar a las cárceles, en donde aguardaban el último suplicio.

Cuando se dio principio a las ejecuciones, el temor a la muerte indujo a más de uno a la apostasía, que pierde el alma para salvar el cuerpo. Pero la mayor parte de los cristianos prefirió la muerte a la renuncia de su fe, y, como a menudo acaeció, débiles mujeres y tiernos niños dieron al mundo ejemplo de constancia en los tormentos. En dondequiera se veían cuerpos ensangrentados pendientes de una cruz, suspendidos en los muros, en las puertas de las murallas, o cabezas enarboladas en picas. Las aves del cielo y los animales de la tierra se cebaban a la vista de todos en esos lamentables despojos.

Pero si las almas firmes encontraban en ello tema de edificación y de ardoroso entusiasmo para servir a Dios con peligro de su cuerpo precedero, muchos corazones tibios y muelles lo encontraron para renegar de Cristo y comprar la vida pisoteando el divino símbolo de la fe. Y para acrecentar su infamia, muchos de esos apóstatas denunciaron a sus amigos y parientes. Vióse al esposo entregar a la esposa; a los padres denunciar a sus hijos; a los hijos e hijas traicionar a su madre. Y los fieles que quedaban, preguntábanse si no habrían

llegado ya los tiempos anunciados por Juan, en que el Anticristo, descendiendo en medio de los hombres, destruiría con sus manos sacrílegas el milagroso edificio construido por el Hijo de Dios.

* * *

Sucedió que entre los cristianos más fervorosos que no desesperaron de la misericordia divina, brillaban siete jóvenes, llamados Martín, Juan, Maximiliano, Jámblico, Dionisio, Antonino y Exacustadio, los cuales pertenecían a las primeras familias de la ciudad. Su ejemplar piedad debió atraer desde luego la atención de los delatores que asechaban todo descubrimiento aprovechable, tan grande era la generosidad de los pontífices de los falsos dioses. Tales delatores sorprendieron a los siete nobles muchachos cierto día que, prosternados en una capilla, cubríanse la cabeza de ceniza en señal de duelo y se daban golpes de pecho, suplicando a Dios no permitiese que flaqueasen en la hora suprema, que todos ellos veían próxima.

Los siete adolescentes eran de muy ilustre origen para que los miserables espías no los reconociesen desde luego. Uno de los delatores dijo a sus compañeros:

—Los dioses nos aman, porque ponen hoy en nuestras manos a unos culpados, cuya captura inundará de gozo el alma del emperador. Permaneced en asecho, mientras corro al palacio a dar cuenta de lo que hemos visto.

Apenas llegó el delator, se postró a los pies de Decio, y, besando sus sandalias de púrpura, exclamó:

—Oh César! poderoso entre los poderosos, espejo de justicia, fuente de todo bien, ¿soportarás que los primeros de la ciudad, desafiando tus edictos, continúen sacrificando impunemente a ese pretendido Dios que los mismos judíos desprecian, tan ridículo y odioso les pa-

rece? Alejen los dioses todo mal de tu radiosa faz, oh César! Acabo de ver a Maximiliano el propio hijo del prefecto de Efeso, y a Martín y a Antonino, cuyo padre se cuenta entre tus generales, y también a Dionisio y a otros, por todos siete, adorando a Cristo. Héles oído maldecir tu santo nombre haciendo irriación de los dioses del Imperio!

—Levántate, respondió el emperador. Cumples con tu deber observando esas cosas y viniendo a relatármelas fielmente. Aunque los culpados estuviesen sentados en las gradas de mi trono, incapaces serían de alejar de su cabeza el hacha del líctor. Ve pues, y portador de mi sello el cual te confío, requiere a los centuriones de guardia, y ellos te darán los hombres necesarios para ayudarte a prender esos rebeldes. Mi voluntad es la de que se les coja vivos, porque pretendo se haga con ellos ejemplar escarmiento, que hiele de espanto el corazón de esos detestables cristianos. Así pues, si place a los dioses, hemos de ver el fin de estas turbulencias y se restablecerá el orden en Efeso. Ve, y hazme traer a esos jóvenes, porque quiero interrogarlos personalmente.

Cuando estuvieron en presencia de Decio, Maximiliano, sin dejarse amedrentar por el aparato de la majestad imperial, confesó valientemente su fe.

—Tú me preguntas, oh César! por qué mis compañeros y yo nos negamos a sacrificar a los dioses cuyo altar se levanta aquí? Todos te contestamos por mi mediación: nosotros obedecemos a un Dios que habita en el cielo, y este cielo y la tierra están llenos de su gloria. Hacia El en todo tiempo vuelan nuestras plegarias, y esos son los únicos sacrificios que le agradan. Pero aunque nuestro cuerpo fuese destruido, porque a nuestras almas, oh César, no alcanza tu poder, nosotros

no nos rebajaremos hasta el punto de sacrificar a esos vanos simulacros, y mucho menos adorarlos.

No dio respuesta el emperador a estas audaces palabras, pero ordenó a sus oficiales se quitara a esos jóvenes el cinturón militar, insignia de su noble condición, y además dispuso que se reservaría su juzgamiento ante su propio tribunal, como a rebeldes y despreciadores de sus dioses. Sin embargo, creyó conveniente diferir su suplicio y ordenó se les permitiese transitar libremente por la ciudad, con el fin de poder vigilar sus actos.

* * *

Tan pronto como fueron puestos en libertad, los jóvenes decidieron fugarse y escapar a la cólera del emperador. Salieron de Efeso vestidos como gente pobre, de tal suerte que los guardianes de las puertas, tomándolos como humildes campesinos, los dejaron pasar libremente.

Así que se vieron en el campo, resolvieron que cada cual emitiera su opinión sobre el partido que debían tomar. Maximiliano habló el primero:

—Si vosotros queréis dar importancia a mis palabras, hermanos en Jesucristo, considero que debemos retirarnos a una de esas canteras abandonadas en donde nadie ha puesto sus plantas quizá desde hace cien años. Allí, lejos de todo peligro, pasaremos estos tiempos de aflicción rogando a Dios aleje de nuestra querida Efeso la tormenta de la persecución. No es posible que tales desgracias puedan durar indefinidamente.

—¿No temes, contestó Martín, que ocultos en esas canteras en donde no podremos sembrar ni cosechar, el hambre nos lleva a tal grado de miseria, que nos obligue a ir a entregarnos en manos de nuestros verdugos?

—En cuanto a esa necesidad, Dios proveerá, dijo Dionisio. ¿No sustentó a multitudes hambreadas en el desierto, y no es de esperar todo de Aquél que caminó sobre las aguas?

Pero Juan fue de otra opinión.

—Es preciso sin embargo, ayudar al cielo. Yo pondría, pues, una empresa menos desesperada y más sencilla. Encaminémonos hacia el oriente, en dirección de ese monte Celius que vosotros tan bien conocéis. Yendo un día de caza, fui sorprendido por violento temporal y tuve la felicidad de encontrar asilo en una caverna, cuya entrada sólo la casualidad me hizo descubrir. El sitio es casi inaccesible para quien no conozca el camino. Retirados a esta caverna de entrada tan estrecha que no podría dar paso ni aun a los osos, únicas bestias salvajes que habría que temer, viviremos ocultos a los ojos de todo el mundo. En cuanto al modo de alimentarnos, qué cosa más fácil que ir a proveernos en el mercadillo de la ciudad baja? Cada uno de nosotros iría por turno en busca de provisiones, y procuraríamos traer las suficientes en cada viaje, al menos para una semana. Nadie se fijará en nosotros.

Los fugitivos aceptaron la propuesta de Juan, porque les pareció la más prudente. Encamináronse, pues, al monte Celius y penetraron en la caverna. Allí vivieron en adelante, entregados a la oración y la penitencia, muertos para el mundo y no pensando en otra cosa sino en la salvación de su alma. Sólo el adolescente Jámblico, quien por la viveza de su carácter parecía más adecuado a esta suerte de empresas, se dirigía de tiempo en tiempo a la ciudad disfrazado de mendigo. Al efectuar en el mercado las compras de lo que les era menester, indagaba diestramente el giro de los acontecimientos. Así fue como supo un día que el empera-

dor se había marchado, y, dos semanas más tarde, que había regresado a la ciudad de Efeso.

* * *

Decio estaba lejos, en efecto, de haber olvidado a los jóvenes cristianos. Por el contrario, pensaba en ellos con singular obstinación. A su regreso a Efeso ordenó a sus guardias que le trajesen a Maximiliano ante su tribunal, pues éste era el mayor y el de más importancia por su rango entre los acusados. Al saber esta noticia se sintieron grandemente afligidos los cristianos que quedaban en Efeso. El niño Jámblico que hacía compras de pan en el mercado, recogió estos rumores y los llevó a sus compañeros.

—No queda duda, dijo Dionisio, de que los soldados van a descubrirnos pronto. Sin embargo, me parece oír en mi interior una voz que nos aconseja no desesperar. El Rey Jesús, hermanos míos, no nos abandonará. Pidámosle, pidámosle no tanto por nuestros cuerpos percederos, como por la salvación de nuestras almas inmortales.

Así fue que después de haber tomado su frugal merienda, los siete muchachos se pusieron en oración. Pronto, extenuados por la miseria y por la fatiga, se durmieron todos a un mismo tiempo.

* * *

Entre tanto, el emperador trabajaba con impaciencia multiplicando sus órdenes, pero ninguno de los siete donceles comparecía. El jefe de la policía iba a verse obligado a confesar que se les habían perdido de vista. Tratando de ganar tiempo, se disculpó de la falta cometida con la negligencia de sus subalternos y dio oídos a especies contradictorias. Entonces Decio montó en cólera y ordenó hacer comparecer a los padres de

los siete fugitivos. Cuando estuvieron en su presencia, los amonestó duramente.

—¿En dónde están, decídmelo, vuestros hijos, detentadores de las leyes y sacrílegos, a quienes mi justicia reclama? Hablad sin rodeos y tened por seguro que vuestras cabezas responderán de las de ellos. Si no me entregáis a esos jóvenes, sin falta pereceréis.

Entonces Paulino, prefecto de Efeso y padre de Maximiliano, infamó las prácticas de los cristianos y dio testimonio de su fe a los dioses del imperio.

—Esos muchachos, oh César, cuya existencia ignoramos hoy, y los dioses inmortales saben con qué ternura los amamos, esos muchachos nos han sido arrebatados por aquellos mismos a quienes tus justas leyes proscriben, por esos cristianos que son el oprobio de la tierra. Víctimas de esos impostores, nuestros hijos han huído del hogar paterno. En su busca hemos enviado a nuestros esclavos, pero en vano han recorrido ellos las calles y caminos reales que parten de la ciudad; luego se han dirigido a los campos y han interrogado a los pastores y campesinos. Algunos de ellos han dicho que creían se habían escondido en una caverna del monte Celius. Nada más hemos logrado averiguar, y no sabemos si esos desgraciados estarán a estas horas muertos o vivos. Pero sea cual fuere la sentencia que tu soberana equidad se digne dictar contra ellos, de antemano la aprobamos, oh tres veces Augusto! No nos retires tus favores, oh César! Nosotros te adoramos como a Dios y te veneramos como a padre. Siempre te hemos servido fielmente.

—Está bien, dijo el emperador. Quiero creerlos. Sería injusto que se os aplicasen las perversas leyes de los judíos, que no valen más que los cristianos, y se persiguiese en los padres el crimen de los hijos. Os conservo mi confianza. Ni vuestros bienes ni vuestros car-

gos os serán quitados. En cuanto a esos jóvenes, tres veces rebeldes a los dioses, a nosotros y a la autoridad paterna, que no se hable más de ellos sobre la tierra. Que se busque esa caverna a donde se dice se han retirado; y si allí en efecto se encuentran, que se tape la entrada desde hoy. Me dicen que su Cristo les ha prometido que los resucitará en masa en cierto día que aún no les ha fijado. Así enterrados en su caverna, esos jóvenes cristianos esperarán, lejos de los profanos ruidos, la hora de la resurrección. Mi voluntad es que se tapie la entrada y que se ponga allí el sello imperial, con el fin de que nadie cometa la audacia de libertar a los condenados. Y es bueno que todo el mundo sepa que se ha hecho justicia.

* * *

Apenas Decio hubo declarado su voluntad, se esparcieron los soldados por los flancos del monte Celius. Descubrieron dormidos a los jóvenes en la caverna, y ellos mismos vigilaron a los obreros encargados de tapar la entrada. Luégo se dieron el placer, una vez que las piedras quedaron selladas, de llamar a los emparedados para gozarse en sus gritos de espanto y en sus lamentos. Pero como nada oyesen, los soldados se retiraron y dieron cuenta al emperador del resultado de su misión, en estos términos:

—Ha quedado cumplido lo que tú habías ordenado. Cuando con mil precauciones nos hemos acercado a ese antro salvaje, nos sorprendió el silencio que allí reinaba. Temimos por un momento que los delincuentes se hubieran sustraído a tu justicia; pero penetrando con cautela, sorprendimos sin embargo a los siete impíos durmiendo apacible sueño. Inmediatamente hicimos tapiar la entrada con toda diligencia, y pusimos allí tu sello. Enterrados vivos esos jóvenes, darán testimonio

de tu exactitud en castigar a los despreciadores de los dioses.

Tal fue el fin de los siete jóvenes Martín, Juan, Maximiliano, Jámblico, Dionisio, Antonino y Exacustadio.

* * *

La memoria de los siete donceles emparedados pasó a la historia, como la de los mártires ejecutados durante la persecución de Decio, y también pasó la de los emperadores. Los godos destruyeron el templo de la gran diosa de Efeso. Constantino se convirtió al cristianismo. El Hijo de Dios reinó en adelante sobre el imperio, el cual se dividió luégo entre los hijos de Teodosio. Constantinopla se convirtió luégo en el asiento del imperio de oriente. Cruelles cismas dividieron la Iglesia, y, bajo el reinado de Teodosio II, aparecieron peligrosos herejes que negaban la resurrección de los muertos.

Acaeció por esos tiempos, es decir doscientos años después de que los siete jóvenes de Efeso fueron emparedados en la caverna, que un campesino andaba por el monte Celius buscando materiales apropiados para construir un establo. Viendo las piedras bien talladas y parejas que cerraban la entrada de la caverna, juzgó que le convenían para su empresa. Sin respetar el sello del emperador Decio, que las injurias del tiempo habían casi borrado, mandó a sus esclavos que atacasen el cemento.

Pero cuando llegó la hora del medio día, todos se marcharon a tomar su merienda, y por la entrada de la caverna semiabierta, penetraron oleadas de luz. Entonces los siete jóvenes, súbitamente despertados, se pusieron en pie y saludaron la vuelta del nuevo día con sus habituales preces. Retornando a la vida ordinaria como si se hubiesen dormido la víspera, confe-

renciaron sobre lo que debían hacer, sorprendiéndoles grandemente haber dormido hasta la mitad del día. Interrogaron minuciosamente a Jámblico sobre las noticias que había recogido en el mercado, porque continuaban inquietos respecto a lo que el emperador tramaba contra ellos, y discurrían sobre algún expediente para escapar a las pesquisas de la policía. Su asilo no podía indefinidamente escaparse a las investigaciones de tantos hombres interesados en su pérdida.

Luégo de haber discutido y emitido las más diversas opiniones, los siete muchachos convinieron en enviar a Jámblico al mercado, porque desgraciadamente la provisión de pan se había resecado durante la noche, y en su mayor parte estaba roída por las ratas.

Se marchó pues, Jámblico llevando algunas monedas de plata anudadas en la orla de su túnica, y pensando llegar como la víspera al mercado para hacer sus provisiones. No tuvo tropiezos en el viaje, a pesar de que muchas veces volvió sobre sus pasos, creyendo haberse equivocado en el camino. Los árboles, las rocas, los senderos que serpenteaban entre ellos parecía que habían cambiado de sitio. Igual cosa le acaeció al llegar a la puerta de la ciudad, que no se encontraba en el mismo sitio que antes. Las esculturas que habían encima eran otras. Los guardias que dormían acostados sobre los bancos, llevaban armas de un modelo desconocido. En fin, ya no había mercado cerca de esta puerta, y sin embargo, el día anterior la había franqueado.

Pero lo que más angustió a Jámblico fue la curiosidad que despertaba su persona.

De seguro, pensaba para sí, son bien conocidas de todos las órdenes del emperador, y la policía ha debido hacer una descripción exacta de mi persona y de mis vestidos. De otra manera, por qué me habían de mirar así las gentes? Estas, por otra parte, me lla-

man la atención de modo singular. Nunca, desde que Dios me dio la vida, había visto en Efeso rostros ni vestidos semejantes. En la esquina de esta calle estaba ayer la tienda del platero Bossus. Hoy no la veo, pero en cambio veo una estación de policía, que jamás había existido allí. De seguro duermo aún o estoy bajo el influjo de un sueño.

Picándose el brazo con la fibula de su manto para asegurarse de que estaba despierto, Jámblico continuó andando como al azar, porque las calles eran para él desconocidas. Iba ya a preguntarse si por voluntad de Dios él y sus compañeros no habrían sido trasportados a otra región del mundo, o si la caverna del monte Celius tendría varias salidas, que él habría equivocado, había tomado un camino desconocido hasta llegar a una ciudad muy semejante a Efeso, según le pareció a primera vista, para que le quedase de ello alguna duda.

—Ay! decía para sí, no podré volver a dar con el camino de la montaña. Me encuentro perdido y sin esperanza de regresar, y mis compañeros no teniendo noticias de mí, juzgarán el caso desesperado. Dios mío, abandonaréis a un débil muchacho en un peligro tan grande como nunca había corrido?

Y trazando furtivamente sobre su pecho la señal de la cruz, siguió Jámblico adelante, hasta que llegó a la plaza donde era el mercado.

Acercóse a la primera instalación de venta de pan que se ofreció a su vista, pues no dejaba de observar la curiosidad de que era objeto. Mientras estaba comprando los panes, los vendedores de pescado, los carniceros y las vendedoras de legumbres señalaban con el dedo al adolescente y preguntaban:



—Quién es ese extranjero de cara tan pálida como la de un muerto?

—De qué país vendrá?

—Por qué sus vestidos son de una hechura que ya no se ven en las pinturas ni en las imágenes talladas en piedra?

—Miradle. No es acaso raro su modo de ser? Tiene los ojos bajos y parece que camina dormido.

—No, no, nos espía como quien no quiere la cosa. Sin duda es algún esclavo fugitivo, o quizá un ladrón.

Pero el asombro subió de punto, cuando desanudando la orla de su túnica, Jámblico sacó unas monedas para pagar los panes. Al ver estas monedas de plata de un modelo y peso desusados, el panadero exclamó:

—Por el santo nombre de Cristo, qué es esto, muchacho? De donde has sacado esas monedas que ya no circulan? Yo no las recibo.

Y pasando las monedas de mano en mano, se formó grande alboroto en el mercado. Jámblico rodeado, preguntado, amenazado, no sabía qué contestar, cuando un oficial de la policía apareció en medio de la muchedumbre a averiguar la causa del escándalo.

—Es, dijo el panadero, un vagabundo que trata de hacer pasar monedas antiguas y de un valor tal, que un miserable así vestido como él no puede poseer.

—En todo caso, agregó una vendedora de cebollas, el bribón es un pagano y un impío, porque cuando pasó delante de la capilla de los santos mártires no hizo la señal de la cruz.

Y dos mujeres no tuvieron escrúpulo en acusar a Jámblico de haber escupido sobre la insignia del cristiano.

Al escuchar estas palabras, el rostro del adolescente dejó traslucir tal espanto, que nadie dudó de no fuese un peligroso malhechor; así fue que todos gritaron:

—A la cárcel el sacrilego! Muera el profanador de sepulturas! Sus vestidos cubiertos de polvo han sido sustraídos de sepulcros antiguos. Quién sería capaz de usar hoy semejante vestimenta?

—Y esas sandalias! A buen seguro que son de los tiempos de Aureliano.

—Que lo prendan sin tardanza!

—No veis, dijo un viejo vendedor de especias, que es uno de esos astutos armenios, que por medio de sortilegios descubren tesoros ocultos en la tierra? Sus compañeros le han enviado para que empiece a hacer circular esas monedas antiguas.

Entonces todos dijeron:

—A la hoguera el brujo! Que crucifiquen al nigromántico! Se ha apoderado de un tesoro.

Entonces los soldados de la policía cogieron a Jámblico con rudeza y se lo llevaron a la cárcel. El oficial echaba en cara al muchacho haber defraudado al augusto Teodosio en la parte que le correspondía en todo tesoro que se descubría.

—Joven impío, serás castigado conforme a nuestras justas leyes. Cuál es tu patria? A qué dioses adoras? Habla!

Entonces en medio de la común estupefacción, Jámblico cayó de rodillas ante la capilla del mercado exclamando:

Soy cristiano y ciudadano de Efeso. Mi nombre es Jámblico, y mi padre Adriano, es prefecto de las cohortes del emperador Decio.

—Es posible mentir de esa manera? dijo un magistrado que pasaba. Ignoras, impudente ladrón, que el augusto Decio cayó bajo el hacha de los germanos hace casi doscientos años?

—No sé, contestó Jámblico, si soy juguete de un sueño, pero afirmo que mis compañeros y yo huímos

de los rigores del emperador Decio, que quería obligarnos a abjurar de nuestra fe. Haced de mí lo que queráis, que yo moriré glorificando al Rey Jesús, hijo de Dios.

—Quizá, murmuró el diácono de la capilla, se trate de algún suceso milagroso, así es que lo que ha dicho ese joven merece meditarse. Ruégote, oficial de policía, llevarlo sin causarle molestia alguna ante nuestro santo obispo Esteban. Este en su sabiduría decidirá lo que debe hacerse. Tales cosas, en mi opinión, son difíciles de comprender.

Pero la muchedumbre sin hacer caso de estas palabras de moderación y de prudencia, continuó ultrajando a Jámblico. Sin la protección de los soldados hasta lo habrían golpeado. En el trayecto que conducía al palacio episcopal le fueron tirando con tuestos, huesos de frutas y basuras, y el populacho se excitaba en su tarea aullando:

—Muera el ladrón! Es un impostor, un insensato, un loco furioso. Pajarraco, esculcador de sepulcros, vampiro!

Quiso la Providencia que el procónsul en persona se encontrase conferenciando con el obispo, en el momento en que llevaban al infortunado Jámblico al palacio. Habiendo oído estos dos dignatarios los informes de la policía y admirando las monedas de oro y de plata, empezaron a interrogar a Jámblico.

Por más modestia y aplomo que él demostrase en sus respuestas, las apariencias estaban en contra del mozo, para que el procónsul pudiese dar por verídica tan extraordinaria historia. El funcionario imperial amenazó pues a Jámblico condenarlo a morir azotado, si no denunciaba a sus cómplices. Entonces Jámblico prosternándose ante el obispo habló así:

—Oh padre de los fieles! escúcha mi voz y perdóname si ella es tan débil. Mis fuerzas decaen a cada

momento que pasa y siento que pronto voy a morir. Sin poder dar una sola prueba de lo que digo, juro por nuestro Rey Jesús que soy cristiano. El santo sacerdote Timoteo me bautizó con sus propias manos en la cripta de Paulina y de Domitila, y el emperador Decio intentó en vano hacerme abjurar. El procónsul me ordena denunciar a mis cómplices, es decir a mis hermanos en Jesús. Pues bien, son seis: Maximiliano el mayor, es hijo de Paulino el prefecto de Efeso, nombrado por el emperador Decio...

Indignado el procónsul se puso de pie, pero Esteban lo tomó suavemente por el brazo y lo obligó a sentarse.

—Escúchale. El cielo habla por los labios de este joven. Continúa sin temor, Jámblico.

—Maximiliano, repuso el muchacho, es el mayor. Luégo siguen Martín, Juan, Dionisio, Antonino y Exacustodio. Perseguidos por la fe nos refugiámos en una caverna del monte Celius. Permítaseme conducirlos a ella, y pierda yo mi cuerpo y mi alma si os he engañado.

—Entonces, dijo el obispo, sigamos a este joven, pues la verdad habla por sus labios.

El procónsul continuó en su actitud indiferente y ordenó a sus guardias y familiares se uniesen a las gentes del obispo; pero cuando todos llegaron a la caverna del monte Celius y vieron a los seis jóvenes pálidos, con sus vestimentas antiguas, un religioso terror los clavó a la entrada. El ojo perspicaz del obispo acababa de descubrir una tableta de bronce [que se encontraba entre los restos que había a la entrada. Era una tableta que los santos Balbus y Teodoro habían deslizado entre las piedras antes de que fuesen selladas por orden de Decio, doscientos años antes de ese día;

y sobre esta tableta estaba escrita la historia de los siete jóvenes mártires de Efeso.

Entonces el obispo Esteban, el procónsul y todos los asistentes alabaron a Dios en sus obras, ya que los siete muchachos daban testimonio de su fe y de la resurrección, como para confundir a los blasfemos que negaban este dogma de la religión cristiana.

Cuando hubieron acabado de hablar, todos los siete se doblaron suavemente, y al enderezarlos, se vio que habían dejado la vida.

El emperador Teodosio mandó que se construyesen siete urnas de oro para colocar en ellas los restos de los gloriosos durmientes de Efeso; pero sucedió que una noche se le aparecieron y le suplicaron los dejase dormir su eterno sueño en esa caverna del monte Celius, en donde habían encontrado asilo contra la persecución del siglo (1).

MAURICE MAINDRON

(1) Esta leyenda primorosa de los *siete durmientes* nació, en los primeros siglos cristianos, de la poética imaginación de los orientales; y algunos de los primitivos historiadores eclesiásticos la traen como suceso verdadero. Pero la crítica católica y más ilustrada de las edades posteriores ha distinguido lo real de lo fantástico, por medio de los Bolandos, del cardenal Baronio y del Martirologio Romano mismo.

Es cierto que, en la persecución de Decio, siete nobles hermanos, después de confesar valerosos la fe de Cristo, huyeron de Efeso y se refugiaron en una cueva, cuya entrada hizo tapiar el César, dejándolos sepultados vivos. Dos siglos después, reinando Teodosio el joven, se descubrió la caverna y en ella las reliquias de los mártires.

La razón de llamarlos *durmientes* está en el lenguaje cristiano, que apellida sueño a la muerte y da al lugar donde se sepultan los cuerpos de los fieles el nombre de *cementerio*, voz griega que significa *dormitorio*.--N. de la R.